

## CAPÍTULO

### ESCASEZ Y SOLIDARIDAD: UNA REFLEXIÓN DESDE LOS CLÁSICOS

GREGORIO PECES-BARBA MARTÍNEZ  
*Rector de la Universidad Carlos III de Madrid*



N una investigación sobre la cooperación desde diversos puntos de vista, la aportación de la filosofía jurídica y política puede ayudar a comprender las raíces y los fundamentos de esa idea central en la organización de la vida social. He escogido los conceptos de escasez y de solidaridad porque la comprensión de su sentido, la posibilidad de comunicarlos y las distintas lecturas que pueden hacerse de ellos, permite explicar los distintos modelos de cooperación, e incluso la justificación de la procedencia o improcedencia de la cooperación. Se encuentran estos términos en el ojo del huracán de los grandes debates en las ciencias sociales y en la filosofía jurídica y política, en el cruce de los caminos donde se encuentran la economía, el Derecho, la moral y la política. Están en el núcleo de lo que Karl Polanyi llama la gran transformación, que en este siglo acaba con el autismo de la economía y apunta hacia su resocializa-

ción, en la cual los criterios jurídicos, éticos y políticos son relevantes<sup>1</sup>. Superado, pues, el economicismo excluyente, se incorporarán al debate conceptos como el de escasez o solidaridad que ayudarán a vislumbrar salidas en un mundo de complejidad y de fragmentación. Partiendo de la constatación de importantes reflexiones contemporáneas, que se acercan al fenómeno que nos interesa, desde plurales perspectivas, volveremos a una lectura de algunos clásicos que, a mi juicio, ayudarán a enriquecer el debate teórico sobre la cooperación.

El seminario, en el que se plasma esta investigación tiene, en muchas de sus ponencias, una vocación más práctica. Pero una reflexión más doctrinal como ésta no deja de ser necesaria. La mejor práctica es una buena teoría, o quizás sería más prudente decir que una buena teoría ayuda y orienta, para su mejor aprovechamiento a la práctica. Tengo la esperanza de que ese diagnóstico se cumpla en este caso.

Los dos conceptos que manejamos tienen un ámbito y un contenido diferentes. El primero, la escasez, se refiere a las cosas, a los bienes, al dinero. El segundo, la solidaridad, se refiere a las personas, a los comportamientos humanos, es un valor relativo a las relaciones sociales. Al menos, *prima facie*, la escasez se sitúa en el ámbito de la economía, o, en todo caso, del Derecho, mientras que la solidaridad afecta más a la ética, y también, en su caso, al Derecho. Sin embargo, sus destinos están unidos en la historia de la cultura social y política, y existe una interdependencia, de tal manera que una determinada posición respecto a uno, influye decisivamente en el otro y viceversa.

La caída del comunismo, la creencia un poco simple, casi en el nivel de las fes militantes, sobre el valor del capitalismo, del mercado y del libre comercio, los problemas de corrupción, los escándalos de convivencia entre el poder económico y el político, la reacción anticapitalista, como el otro movimiento del péndulo de la modernidad, del que hablan Agnes Heller y Ferenc Feher<sup>2</sup>, han producido un importante debate intelectual, que se refleja en una amplia literatura que afecta a los tres temas que abordo en este trabajo, escasez, solidaridad, y como consecuencia del debate sobre los dos anteriores, la cooperación. No puedo abarcar a todos ellos, ni siquiera a los que he leído y trabajado, aunque haré alguna referencia en

---

<sup>1</sup> Vide KARL POLANYI, *The Great Transformation*, Beacon Press (1944), edición francesa utilizada por el autor *La Grande transformation. Aux origines politiques et économiques de notre temps*. Gallimard, París, 1983. Para este autor el liberalismo económico, o el capitalismo liberal, tal como se representaba antes de la segunda guerra mundial, no sobrevive y por eso en el prefacio de la edición francesa LOUIS DUMONT afirma que vivimos en un mundo postliberal. No parece sostenible hoy, una sociedad donde el libre desarrollo de la economía era la condición del orden, excluyendo toda intervención del Estado. Ni siquiera Reagan en la práctica, ni Hayek en la teoría, sostendrían hoy esas tesis.

<sup>2</sup> Vide AGNES HELLER y FERENC FEHER, *El péndulo de la modernidad*. Una lectura de la era moderna después de la caída del comunismo. Península, Barcelona, 1994. La primera edición de ese libro, originariamente publicado en castellano e inédito en inglés, el idioma en el que fue escrito.

torno a un pequeño núcleo que conozco bien y que, me parece, realizan aportaciones relevantes.

Sebastiano Maffetone en su libro *Le ragioni degli altri* señalará uno de los puntos clave del problema y del debate que ha aparecido con fuerza. Así, afirmará que «Los grandes desafíos de la democracia vienen de los marginados y de los excluidos...»<sup>3</sup>.

Desde su posición contractualista reconocerá que para ampliar el contrato a esos sectores hay que reflexionar sobre la capacidad de la idea de reciprocidad, base de ese mecanismo pactista, y concluye que es necesaria una revisión de ese paradigma dominante. Es probable que un punto de vista contractualista estricto no puede proporcionar las claves de la cooperación, en esos supuestos, cada vez más frecuentes de los marginales y de los excluidos. Desde luego, no parece que pueda aportar la justificación imprescindible para incorporar la idea de solidaridad o fraternidad entre los valores superiores.

Igualmente, desde una perspectiva de filosofía política y moral, Thomas Nagel en *Equality and Partiality*, una de sus obras más recientes, afirmará que «en toda imparcialidad es más interesante dar ventaja a los carentes de bienes, que a los más favorecidos...»<sup>4</sup>. Y rechazará la posición clásica de los liberales económicos de que los pobres y los desfavorecidos lo son por su propia culpa, con lo que descartan las raíces morales de la cooperación. Por el contrario, para el profesor de la New York University, el problema no es el de la desigualdad de los individuos en general, respecto a los beneficios y a las desventajas, «sino la desigualdad respecto a las ventajas y desventajas de las que no son responsables. Entonces, sólo se debe dar prioridad a los intereses de los más desfavorecidos...». Y añade más adelante, para perfilar su pensamiento: «... ¿cuándo un individuo es responsable de lo que le pasa...? Digamos, simplemente... que sea cual sea el criterio de responsabilidad positiva y vagamente plausible que se considere, las cosas importantes de la vida y especialmente las ventajas y las desventajas con las cuales se nace y que forman la estructura básica, en cuyo interior se debe vivir, no se pueden considerar como bienes o males de los que se es responsable y afectan al principio igualitario»<sup>5</sup>. En el gran debate sobre la solidaridad y la cooperación, en los supuestos normales de escasez, toma posición en favor del Estado social y de la existencia de una función promocional del Derecho para satisfacer lo que llamaría necesidades básicas. Describirá así, críticamente, a los enemigos de la cooperación como «aquellos ganadores de la competición económica o los herederos de una fortuna o de una posición social que piensan simplemente que han tenido suerte o que la merecen, pero, en ningún caso,

<sup>3</sup> Vide SEBASTIANO MAFFETONE, *Le ragioni degli altri*, Il Saggiatori, Mondadori, Milán, 992, p. 9.

<sup>4</sup> Vide esa obra en Oxford University Press, Nueva York, Oxford, 1991. Consultada la versión francesa *Egalité et partialité*, PUF, París, 1994.

<sup>5</sup> Obra y edición citadas, pp. 77 y 78.

que, en la mayoría de los casos, son beneficiarios de ganancias mal adquiridas o cuyo origen ensucia su reputación... Estiman que pueden legítimamente contarse entre los que tienen la suerte de poseer capacidades naturales y triunfos procedentes tanto de su educación como de su situación social y, que bien explotados, les han proporcionado ventajas sobre sus concurrentes, y valido, en consecuencia, una retribución. Los otros han tenido menos suerte. Es la vida...»<sup>6</sup>. Después de la descripción de ese talante añadirá tajantemente: «... En una economía desarrollada, la creación de instituciones igualitarias estables exigiría que esas actitudes se modificasen...»<sup>7</sup>.

Nagel intervendrá en el debate contemporáneo con una posición social liberal, y afronta el problema central que lleva a la justificación de la cooperación.

Desde una perspectiva más radical, que afronta directamente la posibilidad de supervivencia del capitalismo, Emanuele Severino planteará que la economía liberal capitalista se encuentra ante un terrible dilema «... o imponer a la sociedad la perpetuación de la forma de producción que viene practicando, provocando realmente la destrucción de la tierra, o renunciar a la producción para salvaguardar la supervivencia de la tierra. En el primer caso, la producción económica o llega, realmente, a la destrucción de la propia base natural y, por consiguiente, a su propia destrucción, o alimenta hasta tal punto esta convicción sobre su carácter destructivo, que acaba provocando el rechazo de la sociedad a continuar por el camino del capitalismo. En el segundo caso, el capitalismo, obligado a asumir como objetivo primario la supervivencia de la tierra, y, por consiguiente, a renunciar a su propio objetivo, es decir, al beneficio, se obliga a renunciar a sí mismo. O destruye la tierra, y, en consecuencia, se destruye a sí mismo, o si se da un fin distinto al que le hace ser lo que es, igualmente se destruye a sí mismo...»<sup>8</sup>. Además de esta reflexión de gran calado, que le sitúa en el ámbito de los ecologismos, siguiendo a Serge Latouche<sup>9</sup>, se plantea también la reinserción de la economía en el tejido social, aboliendo la separación entre economía y sociedad, lo que será también, desde otra perspectiva muy diferente, uno de los objetivos de Amartya Senn<sup>10</sup>. Por eso, después del naufragio, el occidente capitalista, dice, podría ser una sociedad reintegrada «... donde prevalecerían los valores de la solidaridad y de la convivencia sobre los de la utilidad y el beneficio...»<sup>11</sup>. Este lenguaje, a medio camino entre la utopía y la crítica realista al capitalismo, en todo caso se sitúa en el núcleo del

---

<sup>6</sup> Obra y edición citadas, pp. 104 y 105.

<sup>7</sup> Obra y edición citadas, p. 105.

<sup>8</sup> EMANUELE SEVERINO, *Il declino del Capitalismo*, Rizzoli, Milán, 1993, p. 66.

<sup>9</sup> Vide LATOUCHE, *Il pianeta dei naufraghi*, Bollati Bolingieri, 1993.

<sup>10</sup> Vide en AMARTYA SENN, desde su perspectiva de que la economía se refiere a fines humanos, sus obras *On Ethics and Economics*, Blackwell, Oxford, 1991, y *Inequality Reexamined*, Oxford University Press, Oxford, 1992.

<sup>11</sup> Vide obra y edición citadas, p. 114.

problema, señalando las condiciones para la posibilidad seria de la cooperación. Será muy escéptico sobre sus posibilidades en el ámbito de la economía capitalista.

Por su parte, en la clásica obra de Karl Polanyi, a la que nos hemos referido al principio, éste señalará una contradicción adicional del capitalismo en su dimensión de libre mercado: «... la introducción de mercados libres, lejos de suprimir la necesidad de ordenación, de regulación y de intervención, han aumentado el alcance de estos... Así que, incluso los que deseaban con más ardor liberar al Estado de toda tarea inútil, sólo han podido investir a este mismo Estado de poderes, órganos e instrumentos nuevos, necesarios para el establecimiento del *laissez faire*...»<sup>12</sup>.

Esta imposibilidad de la autonomía autista de la economía llevará a vincular a esas reglas económicas con las reglas y los principios morales políticos y jurídicos, vinculados todos al común servicio de los fines humanos, a la dignidad humana, y ayudará a la superación de esa fe militante, de esa poderosa creencia en que las reglas de la economía debían incluso sobreponerse sobre esos criterios morales, políticos y jurídicos. El mantenimiento de esa concepción de la economía hubiera supuesto el fin de la solidaridad y, desde luego, el fin de la cooperación, en un mundo que volvería a la guerra de todos contra todos en un nuevo estado de naturaleza, egoísta, aislacionista, y donde las personas se relacionarían sólo a través del contrato y con fines de utilidad y de beneficio.

Esta literatura, de la que expongo sólo algunos productos recientes, que se sitúan en el ámbito de la filosofía política, jurídica y moral, han influido también en el campo científico de los economistas y, a parte, la notoria obra de Sermer, han producido aportaciones como la de Siro Lombardini, ordinario de Economía Política en la Universidad de Turín, *La morale, l'Economia e la politica*<sup>13</sup>.

Entre sus reflexiones sobre el proceso de desarrollo, desde el punto de vista de las relaciones entre ética y economía, considera que deben «concebirse mecanismos que permitan oportunas interacciones entre elecciones sociales, experiencias individuales, manifestaciones de preferencias individuales y ajustes en las elecciones sociales...»<sup>14</sup>. Para ello considera «... necesario modificar la noción de sistema económico para considerar algunas de sus relaciones con los sistemas políticos y sociales...»<sup>15</sup>. Parece evidente que las reglas técnicas de la economía no pueden aplicarse, ni siquiera desde una perspectiva que atienda, exclusivamente, los fines de la economía, de espaldas a otras normatividades como la moral o la jurídica. El hombre económico, movido solamente con la hipótesis del egoísmo, no es el hombre real; se encuentra con la necesidad de

<sup>12</sup> Vide edición francesa citada, p. 191.

<sup>13</sup> UTET. Turín, 1993

<sup>14</sup> Obra citada, p. 86.

<sup>15</sup> Obra citada, p. 88.

tomar decisiones no sólo sobre el mercado sino sobre el sistema político, y esa complejidad le plantea dilemas morales y la necesidad de integrar esas decisiones económicas con un conjunto de decisiones jurídicas y políticas. En ese ámbito social, el conocido dilema del prisionero, conduce a concluir que la solución más ventajosa para ambos prisioneros de no confesar o de confesar haber cometido el crimen, es la que se produce a través de comportamientos cooperativos. Unas veces esos comportamientos cooperativos serán voluntarios y deben ser favorecidos y estimulados por los poderes públicos y otras veces deben ser impuestos por el Derecho con mandatos o prohibiciones, para evitar el *freerider*. En todo caso, ese planteamiento no significa que la cooperación exija siempre la organización de estructuras de servicios públicos, sino que a veces puede ser preferible el voluntariado o las organizaciones no gubernamentales.

Por esas razones, dirá Lombardini, «... podemos comprender mejor por qué el principio del *homo aeconomicus* no es aceptable. Por dos razones: a) porque los hombres reales son diferentes y a veces actúan para mejorar la posición de los demás, como recuerda Parfit; b) porque para alcanzar mejor sus propios intereses conviene actuar con otros para conseguir objetivos comunes. La solidaridad, que es el presupuesto de la argumentación ética, puede resultar un comportamiento ventajoso... La solidaridad aparece así, en muchos casos, justificada, incluso desde el punto de vista económico, así como, en ciertos casos, la cooperación, y no la competición, asegura el empleo más racional de los recursos y el desarrollo más eficaz...»<sup>16</sup>. En el debate sobre la escasez, la racionalidad económica, tal como se concibe desde la Economía política, de Adam Smith en adelante, no es el único criterio a utilizar y otras dimensiones ideológicas, antropológicas, éticas, políticas o jurídicas entran en juego y deben ser tomadas en consideración.

La reciprocidad asimétrica, que podríamos llamar también cooperación desigualitaria, ha sido mantenida en la modernidad, como dicen Agnes Heller y Ferenc Feher, porque las nuevas clases socioeconómicas estratificaron a sus miembros. La metáfora del péndulo que maneja va desde «la competitividad, la insatisfacción, el impulso por la perfección, el elitismo, la ambición y el individualismo» hasta «... la solidaridad, el impulso por la igualdad y un espíritu mayoritario y comunitario...»<sup>17</sup>. El péndulo nunca se orientará sólo en una dirección y en la cultura política de nuestro tiempo tienen que coexistir esas dos orientaciones, aunque si son las menos extremas de ambas las que predominan, y lo hacen en el marco de una sociedad democrática, será posible el porvenir de la cooperación, toda vez que se ha superado esa visión autista de la economía. Como dicen Heller y Feher, «reintegrar la economía al conjunto social requiere una versión firme del consenso que, como norma, está basado en una sustancia moral densa»<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup> Obra citada, pp. 128 y 129.

<sup>17</sup> *El péndulo de la modernidad*, citado, p. 117.

<sup>18</sup> Obra citada, p. 232.

De estas reflexiones resulta que, como ocurre muchas veces, una fe militante, que aparentemente es vigorosa y generalizada, de que la acción privada y la búsqueda de la utilidad particular son el mejor camino, el más racional para obtener beneficios pero también para la vida social y para la libertad de los individuos, que excluiría de alguna manera la justificación de la cooperación, está en realidad cuestionada y en entredicho. Muchos de sus postulados son discutidos y se vislumbra un porvenir razonable para la cooperación.

Una lectura de los clásicos es conveniente tras esta sucinta incursión por alguna bibliografía contemporánea para encontrar la semilla donde estas reflexiones actuales han extraído argumentos y razones. Siempre existe, viva y actuante, la disputa entre los antiguos y los modernos. No aparece sólo la clásica del siglo XVII, que zanjó la recepción de los clásicos griegos y romanos y su papel en el Renacimiento. Hoy, ante las plurales aportaciones de los clásicos modernos sobre los temas que debatimos, ante los tres conceptos de escasez, solidaridad y cooperación, podemos también indagar sobre posiciones encontradas desde el siglo XVIII hasta nuestros días para ver cuáles de los modelos posibles han llegado más lozanos, más vivos y más actuales para alimentar el debate de nuestro tiempo.

La escasez es la actitud específica de lo económico, entendida como «... escasez de medios en relación con lo que se apetece...», como afirma Max Weber en su clásica obra *Economía y Sociedad*. Una solución también exclusivamente económica para Weber, supone que se utiliza «... la escasez de bienes deseados para la consecución de una ganancia disponiendo de estos bienes...»<sup>19</sup>. La perspectiva económica valora principalmente los efectos de la escasez sobre la economía y los objetivos que debe cumplir. Así, Adam Smith afirmará que «una moderada abundancia hace perezosos a ciertos operarios...» y que «en los años de escasez, la dificultad e incertidumbres de la subsistencia, hace que tales gentes vuelvan rápidamente a sus trabajos». Asimismo, señala: «... los patronos, que necesitan más obreros, se hacen la competencia entre sí para procurárselos, y esta competencia eleva a veces el precio real y el nominal del trabajo...» y añade «... lo contrario acontece en los años de inopinada escasez y carestía. Los fondos destinados a dar ocupación a la industria son más pequeños que lo fueron el año anterior. Quedan sin ocupación numerosas personas, y la competencia que se hacen unas a otras para conseguir empleo hace descender, a veces, el precio real y el nominal del trabajo. En el año 1740, que fue de extraordinaria carestía, muchas personas ofrecían sus servicios por la mera subsistencia. En los años caracterizados por la abundancia, fue en cambio más difícil conseguir trabajadores y criados...»<sup>20</sup>.

<sup>19</sup> Vide esta obra en su edición castellana de JOHANNES WINCKELMANN, con nota preliminar del prof. Medina Echevarría. Fondo de Cultura Económica, México, 1944. 1.ª reimpresión de la segunda edición 1969, tomo I, p. 274.

<sup>20</sup> Vide *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, edición castellana, sobre la inglesa de EDWIN CANNAN, traducción y estudio preliminar de Gabriel Franco; introducción

Una aproximación económica exclusivamente tiende a promover el beneficio, se plantea desde una posición egoísta y pretende que cada inversor obtenga el máximo valor y rendimiento del capital empleado en la operación. La escasez es sólo un elemento, decisivo eso sí, para ese tipo de argumentación porque pone de relieve cómo necesitamos de los demás para la satisfacción de nuestras necesidades. Adam Smith, en sus *Lecciones de jurisprudencia*, añadirá una reflexión sobre el sentido de los cambios y de las relaciones, desde el punto de vista económico, que parte del *homo aeconomicus*, siempre egoísta: «... El simple amor no es suficiente hasta que no apela de algún modo a su egoísmo. Un contrato hace lo mismo, aunque del modo más fácil. Cuando le pides a un cervecero o a un carnicero, cerveza o carne, no le expliques cuánto las necesitas, sino lo bien que les vendría el que te permitiera tenerlas por un cierto precio. No te dirijas a su humanidad, sino a su egoísmo...»<sup>21</sup>.

Esta tendencia a considerar sólo el problema de la escasez y del uso y del cambio de los bienes desde el punto de vista económico, se agudiza con los seguidores de Adam Smith, como David Ricardo y su obra *Principios de la Economía política y del impuesto* (1817). Aparece muy claro que la consideración de las personas y, en concreto, del trabajo se produce exclusivamente desde el punto de vista económico. En el capítulo quinto sobre los salarios considera al trabajo sólo como una cosa «que se puede comprar y vender», y la valoración del precio natural del trabajo es «el que proporciona a los obreros, en general, los medios de subsistir y de perpetuar su especie, sin crecimientos ni disminuciones...»<sup>22</sup>.

Las personas importan poco. Por eso se habla del «precio corriente del trabajo», como «... el precio que recibe realmente el obrero, de acuerdo con las relaciones entre la oferta y la demanda». Añadirá, con un cínico y distanciado descriptivismo, que «el trabajo es caro cuando los brazos son caros y barato cuando abundante». De nuevo la escasez, como criterio exclusivamente económico.

Por eso criticará las leyes de pobres, en definitiva una cooperación solidaria, porque afrontará exclusivamente el tema desde una perspectiva económica: «... Igual que los demás contratos, los salarios deben estar abiertos a la concurrencia franca y libre del mercado, y no ser nunca condicionados por la intervención del Gobierno». Por eso añadirá que: «... el disfrute y el bienestar de los pobres no podrían asegurarse, a menos que los buscasen por sí mismos... La naturaleza del mal indica el remedio. Circunscribir gradual-

---

de Max Lemer. Fondo de Cultura Económica, México, 1.ª ed. 1958, 6.ª reimpresión, 1990. Los textos citados en pp. 80, 81 y 83.

<sup>21</sup> Vide ADAM SMITH, *Lecciones sobre Jurisprudencia*, edición castellana de Manuel Escamilla y José Joaquín Jiménez. Biblioteca Comares de Ciencia Jurídica, Colección «Los Argonautas», Granada, 1995, p. 395.

<sup>22</sup> Vide la edición francesa de la obra principal de DAVIDE RICARDO, *Des Principes de l'économie politique et de l'impôt*, Flammarion, París, 1977, p. 80.



mente las leyes de Pobres, buscando que indigentes sientan el precio de la independencia, mostrándoles que no deben contar sobre los socorros de una beneficencia sistemática o casual, y que no tienen más fuentes de ingreso que las de su trabajo...»<sup>23</sup>. En la misma línea Malthus cuando sostiene, refiriéndose al pueblo trabajador, que «... él mismo es la causa de su pobreza», y que «el remedio depende de él y sólo de él; que la sociedad y el gobierno que la dirige nada pueden hacer...»<sup>24</sup>. Sorprendentemente y en la misma línea la *Memoire sur le pauperisme* (1835), realizada por Tocqueville para la Sociedad Académica de Cherburgo<sup>25</sup>, rechaza la acción positiva de los poderes públicos para luchar contra los efectos de la escasez. En este caso se incorporan en apoyo de esas tesis argumentos no económicos, aunque siempre planea la impresión de que son sólo pudorosos velos para cubrir el desnudo planteamiento económico que hace, por ejemplo, Ricardo:

«... Toda medida que funde la caridad legal sobre una base permanente y que le dé una forma administrativa, crea una clase ociosa y perezosa que vive a costa de la clase industrial y que trabaja... El derecho que el pobre tiene a obtener el socorro de la sociedad tiene esto de particular, que, en lugar de elevar el espíritu del hombre que lo ejerce, lo degrada...»<sup>26</sup>. La escasez, la existencia de bienes escasos o de necesidades no satisfechas no genera medidas jurídicas, ni es la base de sentimientos morales. Sólo se considera desde el punto de vista económico.

Una lectura más compleja y más abierta de la escasez se plantea en Hume en su obra *Una investigación sobre los principios de la moral*, donde partiendo de una lectura utópica contraria, la de la abundancia, llegará a un sensato término medio que nos permitirá orientar la escasez desde una perspectiva solidaria y cooperativa, que necesita del Derecho para prosperar. Las antípodas de la escasez se dan en la Edad de Oro, que describe en el capítulo XI de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha*, Miguel de Cervantes, y que trae causa en la antigüedad clásica, de obras como *De Rerum Natura*, de Lucrecio. También Montaigne, en el capítulo XXX del libro primero de sus *Essais*, elogia al hombre natural y su situación donde «... no luchan por la conquista de nuevos territorios, pues gozan todavía de la fertilidad natural que les procura, sin trabajos ni fatigas, cuanto les es preciso y tan abundantemente, que les sería inútil ensanchar sus límites naturales. Encuéntrense en la situación dichosa de no codiciar sino aquello que sus naturales necesidades les ordenan; todo lo que a éstas sobrepasa es superfluo para ellos...»<sup>27</sup>. En similares términos se manifiesta el Rousseau del

<sup>23</sup> Vide obra citada, pp. 82, 91 y 92.

<sup>24</sup> Vide el texto en la edición castellana *Ensayo sobre el principio de la población*, del prof. MORAL SANTERÍ. Akal, Madrid, 1990, p. 480.

<sup>25</sup> Vide el texto en *Oeuvres Completes*. Tomo XVI, «Melanges». Gallimard. París, 1989.

<sup>26</sup> Obra citada en nota anterior, pp. 130 y 131.

<sup>27</sup> Vide el texto en la edición castellana de los *Ensayos*, a cargo de RICARDO SÁENZ HÁYEZ. Aguilar, Madrid, Buenos Aires, México, 1962. Tomo I, p. 220.

*Discurso sobre el origen y el fundamento de la desigualdad entre los hombres:* «... Como no había entre ellos ningún tipo de comercio, no conocían, por consiguiente, ni la vanidad, ni la consideración, ni la estima, ni el desprecio, carecían de la más mínima noción de lo tuyo y lo mío, y de cualquier noción cierta de la justicia...»<sup>28</sup>. Mably vinculará ese estado de felicidad a la inexistencia de la propiedad, en situaciones de establecimiento de una república, en alguna isla desierta «donde todos iguales, todos ricos, todos pobres, todos libres, todos hermanos...»<sup>29</sup> vivan en la armonía y concordia que garantiza la inexistencia de escasez en el estado de naturaleza.

En su obra Hume también describe una hipótesis de abundancia, en la línea de la «edad de oro» o del estado de naturaleza. Es una situación que imagina de «pródiga abundancia de todas las comodidades externas» en la cual «todo individuo se encontrase completamente provisto de todo lo que su apetito más voraz pueda necesitar, o de todo lo que su lujuriosa imaginación quiera o desee...». En esta situación, dirá Hume, no será necesario el Derecho. Sus palabras serán claras y contundentes: «... La justicia, al resultar totalmente inútil, constituiría un vano ceremonial...»<sup>30</sup>. Estamos ante el modelo del Derecho innecesario. En las antípodas supone que «una sociedad cae en una carencia tal de todo lo necesario corrientemente, que ni la frugalidad ni la industriosidad más extremas pueden impedir que perezca la mayor parte, ni evitar la mayor miseria del conjunto...»; en su caso Hume considera que, «... ante una emergencia tan apremiante, quedarán suspendidas las reglas estrictas de justicia»<sup>31</sup>. Estamos ante el modelo del Derecho imposible. Es el momento de la violencia y de la fuerza.

Si pensamos que sólo en una sociedad organizada por el Derecho cabe superar la escasez, desde la solidaridad para alcanzar la cooperación, o dicho de otra forma, que la cooperación exige una sociedad organizada por reglas jurídicas, donde los valores de justicia comprendan, junto a la libertad y la igualdad, la solidaridad, en estos modelos de abundancia o de escasez extrema no se dan las condiciones de la cooperación. Pero Hume los describe sólo como modelos teóricos para explicar su idea de la justicia. Concluirá que «la situación común de sociedad consiste en un término medio entre todos esos extremos. Naturalmente somos parciales respecto a nosotros mismos

---

<sup>28</sup> J. J. ROUSSEAU, «Discours sur l'origine et le fondement de l'inegalité parmi les hommes», *Oeuvres complètes*, Gallimard, tomo III, París, 1964, p. 157.

Igualmente, en la segunda parte, dirá, en sus primera líneas, cuando reconstruye los acontecimientos de la evolución de la humanidad desde su origen que «los productos de la tierra le proporcionaban todos los socorros necesarios, y el instinto le llevó a aprovecharlos...» (p. 165).

<sup>29</sup> Vide, *Des Droits et des Devoirs des Citoyens*. Edición crítica de LOUIS LECLERCE. Marcel Didier, París, 1972, p. 111.

<sup>30</sup> En la edición castellana de «Una investigación sobre los principios de la Moral», en HUME, *De la Moral y otros escritos*, Centro de Estudios constitucionales, Madrid, 1982, pp. 20 y 21.

<sup>31</sup> Obra citada, p. 24.

y a nuestros amigos, pero somos capaces de comprender la ventaja que resulta de una conducta más equitativa...»<sup>32</sup>. No sólo en esta sociedad tiene un papel el Derecho, que organiza la vida relacional, sino que se abre la sociedad a la cooperación y al valor solidaridad. Esta conclusión será indudable si seguimos avanzando en la obra de Hume. En la sección V «Por qué agrada la utilidad» se refiere a la utilidad de las virtudes sociales, y se pregunta «¿Tenemos alguna dificultad para comprender la fuerza de la humanidad y la benevolencia...?» Más tarde, insiste «... tenemos que concluir *a priori*, que es imposible que una criatura semejante al hombre sea completamente indiferente al bienestar o al malestar de sus semejantes...». Volviendo a la utilidad, dirá «... que es inseparable de todas las demás virtudes sociales: humanidad, generosidad, caridad, afabilidad, lenidad, piedad y moderación...»<sup>33</sup>.

Una lectura no exclusivamente económica de la escasez es necesaria para derivar conclusiones cooperativas, basadas en virtudes sociales como la solidaridad. En Hume aparecen esos elementos, desde su concepción de la moralidad y sus reflexiones ha inspirado a autores tan importantes como H. L. A. Hart en su imprescindible *Concept of Law*<sup>34</sup>.

Aunque el problema de la escasez no es central en Juan Jacobo Rousseau, sí que se puede afirmar, sin duda, que en su pensamiento no hay lugar para una concepción autista de la economía. Las últimas palabras del *Discurso sobre el origen y el fundamento de la desigualdad entre los hombres* son significativas. Referidas a la desigualdad, que describe como consecuencia de la propiedad, de la Ley, de la Magistratura y, finalmente, del paso del poder legítimo al poder arbitrario, en la evolución de la sociedad, superado el inicial estado de naturaleza: «... Es manifiestamente contra la Ley de la naturaleza... que un puñado de personas rebosen de bienes superfluos, mientras que la multitud hambrienta carece de lo necesario...»<sup>35</sup>. Esa situación no favorecerá la cooperación porque las personas están dominadas por «una ciega ambición», por un «... deseo universal de reputación, de honores y de preferencias...» que «... excita y multiplica las pasiones y convierte a todos los hombres en concurrentes, rivales o más bien enemigos...»<sup>36</sup>. Probablemente sea difícil encontrar un texto más duro contra las consecuencias de esa desigualdad y contra la insolidaridad que produce la sociedad que Rousseau describe como injusta, que éste que encontramos también en la segunda parte del *Discurso sobre el origen y el fun-*

<sup>32</sup> Obra citada, p. 27.

<sup>33</sup> Vide estos textos en pp. 68, 81 y 83.

<sup>34</sup> El propio autor lo reconoció personalmente a quien ha sido el principal estudioso español de su obra, el prof. Juan Ramón de Páramo. La edición castellana *Concepto de Derecho*, de GENARO CARRIÓ, en Abeledo Perrot, Buenos Aires, 1960.

<sup>35</sup> Obra y edición citadas, p. 194.

<sup>36</sup> Obra y edición citadas, pp. 188 y 189.

*damento de la desigualdad entre los hombres.* Es casi la diatriba acusadora de un fiscal: «... Probaré, en fin, que si se contempla a un puñado de poderosos y de ricos satisfechos del poder y de la fortuna, mientras que la masa camina en la oscuridad y en la miseria, es porque los primeros no estiman las cosas de las que disfrutaban sino en la medida en que los otros carecen de ellas, y dejarían de ser felices si el pueblo dejase de ser miserable...»<sup>37</sup>.

No conozco un diagnóstico más duro y más despiadado sobre las consecuencias de la desigualdad, generadora de abundancia para unos y la escasez para otros, en una relación profundamente insolidaria. Por eso, en su *Discurso sobre la Economía política* insistirá Rousseau sobre la importancia de la educación pública que favorece la solidaridad, que forma parte de las «máximas de la voluntad general».

«... Un gobierno atento y bien intencionado, cuidando sin cesar en el pueblo el mantenimiento y el recuerdo del amor a la patria y las buenas costumbres, previene, desde su origen, los males que resultan tarde o temprano de la indiferencia de los ciudadanos por los males de la república y contiene en límites estrictos el interés personal que aísla a los particulares...»<sup>38</sup>.

Finalmente, este recorrido debe concluir con algunos clásicos del socialismo, que han reforzado los argumentos en favor de la cooperación con la justificación de la solidaridad como valor de la ética pública de la modernidad. No me voy a referir a Marx o a los clásicos del marxismo, en su versión de socialismo científico, porque no es la tradición que manteniendo la continuidad del discurso político liberal pretende completarlo. Más bien se plantea, enfrentado, no sólo con el autismo económico que arranca de Adam Smith, sino con la construcción institucional del Estado parlamentario representativo. Los clásicos a los que me refiero en los siglos XIX y XX son los del socialismo que podríamos adjetivar como ético, democrático o liberal y que continuando en lo sustancial la tradición institucional del Estado liberal de Derecho, es decir, el sistema parlamentario, la división de poderes, y los derechos individuales y civiles, se enfrenta con el liberalismo económico, fundamentando las razones de la solidaridad y de la cooperación. Contribuirá decisivamente a la generalización de los derechos políticos, sufragio universal y reconocimiento del derecho de asociación, a la aparición y reconocimiento de los derechos sociales, para satisfacer las necesidades básicas de quienes no pueden hacerlo por sí mismos, y a la conversión del Estado liberal en Estado social de Derecho. En ese proceso estos autores defenderán la solidaridad y uno de sus objetivos centrales será fundamentar la cooperación.

De alguna manera este planteamiento estaría en la línea de no encontrar esas posibilidades de argumentar desde el valor ético de la solidaridad la posibilidad de la coope-

---

<sup>37</sup> Obra y edición citadas, p. 189.

<sup>38</sup> «Discours sur l'Economie politique», en *Oeuvres Completes*. Edición citada, tomo III, p. 262.

ración en el marxismo sino en el socialismo<sup>39</sup>, considerado como una teoría política. Esa es la posición de Kelsen en *Socialismo y Estado*, donde defiende que en la relación Estado-sociedad, sede de los problemas que aquí nos ocupan, priman los puntos de vista ético políticos y no los económicos, como pretenden los autores de la economía política, y también en sus antípodas Marx y los defensores del socialismo científico. Asumirá, al final de su obra, un texto de Marc Donald, el laborista inglés, donde aparece clara la superación del *homo aeconomicus*, y cómo desde los ideales se llega a la cooperación.

«... El tipo humano a través del que se realizará el socialismo no es el hombre económico, no es el hombre con conciencia de clase, no es el individuo que trabaja con el biello de estiércol, sino el hombre de ideales, de espíritu histórico»<sup>40</sup>.

Sólo algunos ejemplos de esa tradición para insistir en su influencia en la actual mentalidad de superación del autismo economicista, que hemos señalado en las primeras páginas de este trabajo.

La idea de que una reconstrucción social debe superar los efectos del economismo político, como lo llama Sindney Webb, uno de los fabianos más notorios. Hay que dejarlo navegando en el río del *laissez faire*, como dirá, porque la publicación de la *Economía política*, de Stuart Mill, en 1848, «señala convenientemente la frontera de los viejos economistas individualistas...». Por eso dirá Webb que «debemos abandonar el egoísmo de imaginar que somos unidades independientes y dirigir nuestras celosas mentes, absortas en su propio cultivo, a esta sumisión a un objetivo superior: el bien común...»<sup>41</sup>. En la misma línea su correligionario George Bernard Shaw afirmará: «Me atrevo a exigir un respeto para aquellos entusiastas que se niegan a creer que millones de sus prójimos deben seguir sudando y sufriendo con un trabajo degradante y desesperado, mientras que parlamentos y juntas parroquiales actuando confusa y reticentemente, les dan de mala gana mezquinas ayudas. Lo justo está tan claro, lo injusto es tan intolerable y el evangelio es tan convincente, que les parece que debe ser posible reclutar a todos los trabajadores, soldados, policía y otros, bajo la bandera de la fraternidad y la igualdad, y de un sólo golpe sentar a la justicia en su legítimo trono...»<sup>42</sup>.

<sup>39</sup> Es el mismo punto de vista de KELSEN, cuando afirma, en *Socialismo y Estado*, que su crítica es al marxismo y no al socialismo. Vide KELSEN *Socialismo y Estado en el siglo XXI*, con un largo estudio preliminar de Roberto Racinaro, traducida del italiano. México, Madrid, Buenos Aires, Bogotá, 1982. La edición original *Sozialismus und Staat* es de 1920, aunque la traducción está realizada sobre la 2.ª edición alemana, corregida y ampliada, que es de 1923.

<sup>40</sup> En obra y edición citadas, p. 401. No hay referencia de la página de MARC DONALD, aunque se trata de la edición alemana de su obra programática *Sozialismus und Regierung*, publicada con prefacio de E. BERNSTEIN, en Eugen Diederichs Iena, 1912.

<sup>41</sup> Vide SIDNEY WEBBER, «El Desarrollo del ideal democrático», en *Ensayos Fabianos*. Traducción, estudio preliminar y notas de Mercedes Gutiérrez y Fernando Jiménez. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid, 1985, pp. 82 y 83.

<sup>42</sup> Vide en la misma obra, el trabajo de BERNARD SHAW, «La transición hacia la democracia social...».

Cooperación desde la fraternidad o la igualdad, son la solución que proponen frente al egoísmo de un análisis puramente económico de la escasez. En esa misma línea, Fernando de los Ríos contrapondrá el capitalismo al socialismo: «... Así como el capitalismo ha significado la exaltación de la idea de libertad aplicada a los objetos económicos con el fin de hacer más fácil la servidumbre de los hombres, el socialismo, en cambio, representa el sometimiento de la economía a un régimen disciplinario para hacer posible un mayor enriquecimiento de la libertad de las personas...»<sup>43</sup>. El humanismo identificará esa propuesta con la ayuda que el renacimiento kantiano supuso para el socialismo ético. Estamos ante lo que De los Ríos llamará el constitucionalismo social que tiene como objetivo «impedir las relaciones de dependencia personal propias del capitalismo en sus múltiples variables históricas, a hacer posible al individuo el máximo de libertad real que sea dable a su espíritu cada día, y a la comunidad el máximo de justicia realizable en cada momento...»<sup>44</sup>. Conciencia individual y organización social se deben articular: «... Es, pues, en la síntesis orgánica, viva, de esos elementos, en la cooperación mutua de ellos, en la colaboración funcional de todo sujeto de fines al fin de cada uno y al de la comunidad, donde ha de hallar su base el constitucionalismo social...»<sup>45</sup>. Por eso insistirá mucho en que la justicia social debe someter al mundo económico en beneficio de la libertad de las personas...» porque el problema de la justicia social no es un problema de libertad sin límites, sino de libertad para las personas y de subordinación de las cosas a fines humanos...»<sup>46</sup>.

Finalmente, en este sentido importa destacar el papel de Hermann Heller, en su construcción sobre la homogeneidad social, necesaria para la democracia frente a las tesis de Carl Schmitt, sobre la dialéctica amigo-enemigo: «... Homogeneidad social es siempre un estado socio-psicológico en el que, en una conciencia y un sentimiento del nosotros, en una voluntad actualizada de comunidad, aparecen reconciliados los siempre existentes antagonismos y luchas de intereses...»<sup>47</sup>. Por eso es necesario igualar, porque «... la disparidad social puede hacer de un *summum ius* una *summa injuria*. Sin homogeneidad social, la más radical igualdad formal se torna la más radical desigualdad y la democracia formal dictadura de la clase dominante...»<sup>48</sup>. La cooperación será

---

<sup>43</sup> *El sentido humanista del socialismo*. Edición de ELÍAS DÍAZ. Castalia, Madrid, 1976, p. 212, aunque el texto pertenece a otro trabajo de FERNANDO DE LOS RÍOS, «Dictamen sobre el ingreso en la Internacional de Moscú», publicado en *El Socialista* el 19 de enero de 1921.

<sup>44</sup> Obra citada, p. 235.

<sup>45</sup> Obra citada, pp. 240 y 241.

<sup>46</sup> «El sentido del humanismo en la evolución social», incluido en la edición de VIRGILIO ZAPATERO, *Escritos sobre Democracia y socialismo*, Taurus, Madrid, 1975, p. 140.

<sup>47</sup> Vide su trabajo «Democracia política y homogeneidad social», en *Escritos políticos*. Edición de A. LÓPEZ PINA, Alianza Editorial, Madrid, 1985, p. 263.

<sup>48</sup> Obra y edición citadas, p. 265.

un instrumento indispensable en este objetivo del socialismo o de la democracia social que Heller propugna.

La realidad de la escasez no es sólo la base para una concepción económica de la sociedad. Si al análisis económico se le añaden ingredientes éticos y políticos, donde se tenga en cuenta a la persona en su dimensión integral, la escasez es también un punto de partida para justificar el Derecho.

A su vez, el panorama que deriva de ese análisis, donde se incorporan reflexiones éticas y políticas, que culminan en la comprensión de la necesidad del Derecho para la organización de la vida social, ponen de relieve la función del valor solidaridad o fraternidad, que, a su vez, justifica la necesidad de la cooperación y de la participación.

En la cultura política moderna la economía política dará lugar a una aproximación autista exclusivamente económica, pero ese planteamiento generará una reacción solidaria que defiende la coherencia social y que utiliza como uno de su instrumentos base la cooperación. En todos los casos el objetivo es la libertad, pero el error de las aproximaciones autistas de la economía es que prefieren la libertad de las cosas, que asegura la libertad de algunas personas, con la servidumbre de la mayoría, mientras que la solidaridad cooperativa, aun a costa de la servidumbre de las cosas, pretende garantizar la libertad de la mayoría de las personas.

